

Transición energética, ¿pero a punta de gas y carbón?

El país está planeando su ruta para lograr una transición energética, como lo ha prometido el Gobierno. Pero su primera propuesta de Conpes parece muy contradictoria: busca impulsar el gas y el carbón. ¿Podrá así cumplir sus compromisos climáticos?



MARÍA
MÓNICA
MONSALVES.

mmonsalve@elespectador.com
@mariamonic91

Hasta el día de ayer, 2 de marzo, el Departamento Nacional de Planeación (DNP) estuvo recibiendo comentarios sobre el borrador del Conpes de la Política de Transición Energética, un documento que no solo es una hoja de ruta sobre cómo el Gobierno piensa asegurar la energía en Colombia entre 2022 y 2028, sino que ayuda a medir cuál es su verdadero nivel de compromiso climático. El gobierno de Duque, vale recordar, prometió que el país va a reducir el 51% de sus emisiones a 2030 y ser carbono neutro para 2050. En otras palabras, lo que pase con la energía en unos 5, 10 o 30 años será clave para cumplir estas metas. Sin embargo, aunque el Conpes, tal como está, hace un buen diagnóstico de esta situación, hay un par de puntos que parecen ir, incluso, en contravía de este propósito.

“Todo el documento, a modo estructural, parte de un fallo conceptual”, comenta José Antonio Vega, investigador del Instituto Ambiental de Estocolmo. “Se basa en más reservas de petróleo, ampliar el gas y desarrollar aún más el carbón, y es un error conceptual entender la transición energética desde los combustibles fósiles”.

Insistir en producir más carbón

Una de las líneas de acción de la propuesta del Conpes habla de “incentivar mayores producciones de carbón” e, incluso, señala que el Ministerio de Minas deberá identificar las restricciones normativas para su exportación. La preocupación porque el documento insista en impulsar el carbón tiene varios argumentos. El primero, y más lógico, es que la quema de carbón es una de las principales fuentes de las emisiones de gases efecto invernadero en el mundo y que, además,



El borrador del Conpes tiene una línea de acción para incentivar mayores producciones de carbón. / EFE

está asociado con problemas de calidad del aire.

Se trata de un tema ético, comenta Rosa Peña, abogada de la Asociación Interamericana para la Defensa del Ambiente (AIDA). El Gobierno de Colombia suele argumentar que como la mayoría de carbón se exporta y no quema acá, no es nuestro país el responsable de sus emisiones. Pero es una premisa peligrosa, ya que así las emisiones de ese carbón colombiano salgan de China o Estados Unidos, contribuirán al cambio climático que nos afecta a todos.

Pero la alerta también tiene que ver con el mercado internacional. “Sí, Colombia tiene hasta 200 años de reserva de carbón, pero su mercado en Europa, que ahora es su principal destino, se podría acabar en cinco años. El americano, en 10. Y en el mercado asiático, que quizá durará unos 20 años, habrá un problema logístico de cómo llegar

con precios interesantes para competir con el carbón de Australia o Sudáfrica, por ejemplo”, es como lo ve Giovanni Pavón, ingeniero mecánico con maestría en energías renovables.

La trampa del gas como “energía de transición”

Al igual que con el carbón, el borrador del Conpes plantea impulsar el gas al ampliar su demanda como combustible de transición. Pero a diferencia del carbón, y quizá lo paradójico, es que las reservas de gas en Colombia dan para unos seis años. ¿Para qué aumentar la demanda de algo que es limitado?

Pavón explica que, desde su punto de vista, se trata de una estrategia del gremio productor de gas para que ese eventual aumento de demanda de gas termine por liberar las restricciones ambientales para permitir la exploración

costas afuera y darle vía al *fracking*, lo que aumentaría las reservas. “Igual, bajo esta lógica, tendríamos reservas de gas para unos 30 años, cerca de 2050, que se supone que es la fecha en la que debemos ser carbono neutral, por eso es una estrategia peligrosa”.

Su preocupación está ligada con la de Felipe Corral, quien investiga la transición energética en la Universidad Técnica de Berlín, en Alemania. “Cuando se habla del gas como energía de transición hay que preguntarse por su temporalidad: ¿hasta cuándo lo usaremos? ¿A 2030? ¿Hasta 2050?”. Apostarle al gas, así sea “por un tiempo”, implicaría invertir en una infraestructura robusta para desarrollarlo. Y una vez se creen esos proyectos, se cae en el riesgo de que, para no perder esa inversión, se alargue la presencia del gas en la matriz energética. ▀